CAPITULO II.

TIEMPOS PRIMITIVOS DEL CRISTIANISMO.

Aquellos dias de placer y de alegría para el pueblo hebreo, aquel dia de reparacion y de felicidad para la desgraciada descendencia de Adam se aproximaba; el tiempo anunciado en las profecías, los acontecimientos y símbolos, las setenta semanas de Daniel, todo se habia cumplido; la tribu de Judá no empuñaba el cetro de Israél, y en todo el Oriente solo se oia una voz, solo cundia un deseo, solo brillaba una esperanza. El prometido á los patriarcas, el figurado en las divinas leyendas, el destinado al imperio universal, el Mesías, en fin, debia aparecer de un momento á otro en Judea; pero engañado el hebreo, alucinado con las glorias y grandezas humanas, fascinado por un

materialismo reprensible, creía en su exaltada imaginacion que se presentaria al mundo cubierto con la gloria del imperio, precedido por el pavoroso ruido de las armas, y circundado de los laureles de la victoria, como un fiero conquistador que al frente de aguerridas huestes, ostentando su valor y su poder, dicta leyes al mundo vencido, rompe las cadenas de su pueblo, y hace brillar nuevamente sobre él los dias de Josué, de David y de Salomon.

No era este, sin embargo, el modo como el Mesías debia presentarse, ni eran de hierro las cadenas que debia romper, ni era una esclavitud material la que habia de abolir, ni era solo el pueblo hebreo el que venia á salvar; mas grande y mas elevada era su mision, aparece en el mundo para regenerar la humanidad entera, para rescatarla del yugo del pecado, para romper las cadenas de la esclavitud original que, viciando nuestra naturaleza, habia puesto en pugna la razon, la inteligencia y la voluntad, habia rebelado la carne contra el espíritu; habia cubierto con densas tinieblas nuestro entendimiento, pervertido todo el mundo moral, desquiciando su equilibrio, destruyendo su armonía, y escluyendo al hombre de la mansion adonde debe dirigir todas sus esperanzas, donde debe encaminar todas sus acciones, donde deben propender todos sus esfuerzos; y, en una palabra, donde solamente ha de encontrar su verdadera fe-

licidad, la recompensa de sus buenas obras, el premio de sus trabajos y el consuelo de sus desgracias.

Para esto aparece Jesus al mundo recibiendo los primeros homenajes de los pobres, al mismo tiempo que una estrella guiaba á los poderosos de Oriente, que desde Arabia y Saba vienen á ofrecerle sus dones. Aun en la cuna sufre el rigor de las persecuciones: por aviso de un ángel fué conducido á Egipto, se liberta de la catástrofe general: muerto Herodes, torna á Nazaret, donde vive consagrado al trabajo, asistiendo al templo, á las asambleas hebdomadarias, admirando á los sabios, cuando en uso de su derecho espuso sus opiniones ó sus doctrinas; así vivió hasta la edad de 30 años, en la que segun los ritos judaicos se considera al hombre en la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

El buen Jesus, no trata de avasallar, sino de convertir; asocia la virtud política á la religiosa; opone á los ídolos la conciencia; la resignacion á la tiranía; á ésta los castigos de una y otra vida: en una palabra, viene á devolver al género humano su dignidad perdida. Al lado del poder de la espada, se desarrolla el de las ideas que sostiene el progreso civilizador; consuela á los que padecen por la conquista y por la fuerza, no destruye de un golpe la esclavitud, las violencias legales, ni las rapiñas gloriosas; pero les opone

una doctrina que las rechaza, y un Dios que las condena.

A su mandato, tan luego como empieza su predicacion, le siguen unos pobres pescadores, y otros hombres de condicion humilde, y con ellos empieza la conquista del mundo, llamando en torno suyo y proclamando bienaventurados á los pobres, á los mansos, á los que lloran, á los que padecen persecuciones, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los pacíficos, á los limpios de corazon, y les promete el reino de los cielos. "Aprended de mí que soy humilde y manso de corazon, el que se enfurece contra su hermano, merece ser condenado; si no te has reconciliado con tu hermano, hazlo antes de presentar en el altar tu ofrenda; misericordia quiero, y no sacrificios: se os ha encomendado amar á vuestro hermano, y aborrecer á vuestro enemigo, y yo os digo: perdonad, amad á vuestro enemigo; mas aún, haced bien al que os aborrece y orad por el que os persigue, imitando en esto á Dios, que hace descender la lluvia sobre el bueno y sobre el malo, y resplandecer el sol sobre el justo y sobre el impío." Esta es su doctrina.

En la antigüedad era dulce la venganza para los nobles corazones, era la delicia de los dioses: desde ahora el perdon traerá la paz á la tierra; la ley de amor, la caridad evangélica va á restablecer una nueva línea de conducta que lleve al mundo

á la unidad, á la virtud, á la paz, á la igualdad, aquí tienden todos los preceptos evangélicos; por eso nos enseña el Salvador: "Amar á Dios sobre todas las cosas, y el segundo precepto igual á este, es que amemos al prójimo; y como si no fuera bastante, á mas abundamiento nos dice: Amaos unos á otros como yo os he amado; el que tenga dos túnicas ofrezca una al que no la tiene: todo el que por mi amor diere de beber á un desventurado, no perderá la recompensa; en el amor que os tengais conocerán que sois mis discípulos: no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, sino amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que de mi Padre he oido y aprendido."

Con esta doctrina dulce y afectuosa, confirmada por los milagros, apoyada por la gracia, y por el ejemplo de una conducta irreprensible, y de la vida mas inocente y pura que vieron jamas los siglos, establece una religion toda caridad: á su voz el pueblo se precipita á su encuentro, la muchedumbre le sigue por todas partes; el pobre, el afligido, el necesitado, el oprimido, el que padece, siguen sus huellas, ansiando el momento de acercársele para obtener el alivio de su desgracia, el remedio de sus males: y él, lleno de humildad y mansedumbre, dispensa segun las necesidades, cuanto posee sin tasa: vive haciendo bien y curando á los enfermos.

En medio del materialismo que dominaba á todos los corazones, en medio de la brutal tiranía que dominaba al mundo, no podia menos de hacerse notar esta hermosa doctrina que elevaba al pobre, que llenaba de esperanza el corazon oprimido, que preparaba el camino de la verdadera libertad, que levantaba la humanidad de su ociosa y vil postracion. El estandarte que se tremolaba llamando en torno suyo todos los pueblos, todas las naciones, que establecia una igualdad, que condenaba á la opresion, y la esclavitud no debia encontrarse en oposicion con el pueblo ni con el pobre; y por lo mismo debia ser tanto mayor su lucha, cuanto iba á empeñarse con los poderosos del mundo, con las clases privilegiadas, con la raza conquistadora: el cristianismo se estendia admirablemente entre el pueblo; los grandes del siglo creyeron en peligro su imperio; y conociendo que era llegado el término de su tiranía, y que mientras hubiese propagadores de las doctrinas de Jesus, no faltaria quien reprendiese sus vicios, y anatematizase su conducta, se propusieron ahogarlas en su orígen; así, pues, como en otro tiempo vituperaban y perseguian los hebreos los profetas, hoy condenaban á muerte á los predicadores los señores de Judá, y bien pronto la cabeza de S. Juan Bautista sirve de premio á una bailarina, sin mas delito que por castigar una ingenuidad virtuosa y libertarse Herodes de un

severo censor, cuya irreprensible doctrina no podia sufrir. Pero no por esto habia triunfado el tirano, quedaba aún Jesus, que pudiendo decir sin que nadie le contradijera: ¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado? Ofendia la ambicion y la hipocresía de los grandes, de los sacerdotes, de los fariseos, hablando no solamente á los hebreos, sino á todo el mundo, destruyendo esperanzas hereditarias para elevar los espíritus á un objeto mas sublime, enseñando la doctrina mas pura y mas escelsa que ha oido jamas la tierra, se atrajo el odio de los magnates, y la persecucion estalló sobre su frente, sobre aquella frente hermosa que llenaba de consuelo á cuantos la miraban: el huracan de las pasiones mas miserables se desencadenó contra él, la intriga y el poder nada perdonaron para sacrificarle, unos tomaron por pretesto la religion, otros la política, la mayor parte la envidia y todos la impostura. Enviaron personas que le tentasen con preguntas capciosas; pero las confundió: criticaron su doctrina como contraria á la ley de Moisés, y los prodigios la justificaron: le acusaron de no observar el sábado, y un milagro le salvó: finalmente, le arguyeron de enemigo del César, y les contestó aquellas admirables palabras: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. En todos los terrenos quedó vencida la perfidia judaica, y resplandeció la verdad en toda su hermosu-

ra; pero cuando llegó mas á su colmo la desesperacion fué cuando hizo su entrada triunfante en Jerusalem entre aclamaciones del pueblo; á su vista no quedó mas medio á sus enemigos que alucinar la muchedumbre para perderle, sembrando en ella por todos los medios las calumnias mas atroces, seduciendo á uno de sus discípulos para que le entregase, consiguiendo al fin que los mismos que tendian ramos á su tránsito y arrojaban al suelo sus vestiduras y esclamaban: "Hosanna, hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor," dentro de pocos dias gritasen con el mayor furor, con la mas ciega obstinacion, con el mas cruel frenesí: "¡Crucifícale!..... ¡Crucifícale!...."

Así aquel Jesus amigo del hombre, defensor del pobre, que tanto habia procurado elevar la humanidad, fué víctima de su celo, de su filantropía, de su amor á los hombres. Tratado en los tribunales con el mayor rigor, escarnecido y burlado de los mismos que viene á rescatar, tratado como un insensato ante unos jueces venales, espuesto al público con un andrajo de púrpura, una corona de espinas y un cetro de caña, es la irrision del pueblo que no conoce que aquel cetro de caña debe quebrantar el cetro de hierro de los señores del mundo.... en una palabra, el justo es condenado á muerte.... Jesus, víctima de la antigua legalidad, á fin de que sea condenada

eternamente, es clavado en una cruz, por ambicioso, él, tan casto y puro en sus acciones que jamas buscó ni riquezas ni honores; Jesus en cuyos labios siempre se oyó la verdad, fué crucificado por impostor: él, que siempre vivió con los pobres y para los pobres, que verificó su tránsito sobre la tierra haciendo el bien, fué tratado como el enemigo mas encarnizado de la sociedad: él, que llora como amigo afectuoso la muerte de Lázaro, que deja reposar sobre su seno al apóstol querido: él, tan compasivo, tan lleno de tolerancia con la cananea, con la adúltera, con la Magdalena, con el buen ladron, es llamado corruptor de las costumbres y perturbador del órden: Jesus tan amante de su patria que llora á vista de los males que se le preparan, tan obediente á las autoridades, es acusado de sublevar la plebe contra la dominacion estranjera, y de provocar la ruina de la ciudad santa; simple y sencillo como los niños de quienes anhela verse rodeado, llega su energía hasta el punto de padecer la muerte con la mayor tranquilidad en un afrentoso patíbulo, siendo su postrer suspiro una palabra de misericordia, el perdon de sus asesinos: cuadro magnífico y sorprendente que hace esclamar al filósofo de Ginebra: "Si el fin de Sócrates es el de un justo, el de Cristo es el de un Dios."

Herido en el Gólgota el Pastor, se descarriaron las ovejas: muerto el Maestro, sobrecogió el ter-

ror á los discípulos; pero aquel pánico desaparece, aquel temor se convierte en intrepidez en el momento en que se dejó ver resucitado, y tornando á subir al trono de su Padre, les envía al Espíritu Santo, que inflama sus corazones, inspira sus almas, ilustra su entendimiento; y revestidos con una fuerza celeste, llenos de aquel valor que solo inspira la gracia, con una elocuencia sorprendente é irresistible para los sabios; segun el mundo, esplican las Escrituras santas, tratan los misterios mas sublimes, y anunciando al género humano su salud, su bien y su felicidad, salen por las calles y plazas de Jerusalem proclamando el reino de los cielos, y convierten hasta tres mil.

"Despues, en cumplimiento del mandato de su divino Maestro, se esparcen por todo el mundo sin mas ejército que su palabra, sin mas defensa que su conciencia, sin otro auxilio que el de su fé, sin ningun porvenir ni gloria terrena, anunciando al mundo una doctrina sublime, reparadora, que ha de salvar la humanidad, haciéndose entender de godos, persas, egipcios, capadocios, y de cuantos los escuchaban, cualquiera que fuere su patria, su idioma, su religion." Llenos de fé, con una entera confianza en las promesas de Jesucristo, se abrazan á la cruz de su maestro, y con una caridad ardiente y un celo santo procuran el alivio de la humanidad y la salvacion de las almas.

"Así su doctrina halla prosélitos en todas partes, y confirmada por los milagros se dirige á pasos agigantados al dominio universal."

La revolucion que anuncian no es la del sable, sino la de las ideas; el terreno elegido para verificarla no son los campos de batalla, sino los corazones; su bandera no tremola sobre fuertes muros, sobre el palacio de los Césares, ni entre aguerridas huestes, sino en las manos de pobres estranjeros que su patria misma rechaza y persigue: su lema no se esculpe en el oro ni en la plata, ni se anuncia con términos pomposos, su mayor grandeza está en su misma sencillez; los principios que proclaman no están ordenados con las galas de la retórica, ni con sofismas filosóficos, sino con la mayor claridad y precision; pero tal es su fuerza, tal su bondad, tal su perfeccion, que el entendimiento no puede abjurar de ellos una vez que los comprenda: sus preceptos son: "Dios es uno: todos los hombres son iguales: amaos unos á otros como os ama vuestro Padre celestial, que será con vosotros hasta la consumacion de los siglos." En ellos se muestra la sublimidad de Dios en la simplicidad del hombre: y la divinidad del sentimiento en la sencillez de las espresiones. La humanidad, palabra desconocida hasta entonces por filósofos y legisladores, se oyó por la primera vez para unir bajo unos mismos principios, en unas mismas creencias la gran familia humana;

los discípulos de Jesus enlazan las ramas del árbol místico de la descendencia de Adam, reunen los pensamientos de todas las generaciones, de todos los pueblos, de todos los siglos en un vínculo de fé, de esperanza, de amor, cuyo nudo está en el cielo. Hasta entonces estaba sancionado entre los hombres el impío axioma: Desgraciados los vencidos. Solo se veia en el mundo enemigos con quien lidiar y á quienes hacer esclavos, y con tal que la república sacase ventaja, todas las iniquidades quedaban justificadas; la doctrina de Jesus que predican sus discípulos, nos enseña que el persa, el godo, el egipcio, los que habitan en Mesopotania, el atezado africano y el ligero escita, el sabio y el ignorante, todos en fin, somos hermanos, y de cualquier mal que nos causemos se nos ha de pedir cuenta, como se nos ha de recompensar cualquier bien que en el nombre del Señor nos hagamos: principios sublimes que llevan la humanidad al puesto que la pertenece, y que elevan al hombre á la consideracion de su ser, de su dignidad, de su grandeza.

Ningun pueblo de la tierra se habia acordado de que no hay diferencia entre el hombre y el hombre; ningun pueblo habia consignado en sus códigos esa igualdad, ese amor, esa caridad, que uniendo las naciones en una, nos hace conocer que nuestra vida es un tránsito, un sendero que nos conduce á una patria comun y eterna, por la